



"Tarde de pinta" (1951)

Unos cuadros de Rafael Navarro

Retrato de la señora Sloan O'Dwyer (1952)



Por
**ANTONIO
ACEVEDO
ESCOBEDO**

Gasparín (1949)



*Retrato
de la señora
Elena Flores de Carrillo*



RAFael NAVARRO viene a sumarse —en buena hora— a ese movimiento de la pintura joven mexicana que parece haber suscrito un pacto con la primavera porque, con la puntualidad de los ciclos botánicos, cada año le brotan renuevos de mucho vigor y promesa.

Aunque alguien no se allane a compartir nuestra opinión, podemos darnos el gusto de suponer que el aire y el suelo de México son fértiles para las vocaciones pictóricas, porque en el clima artístico privativo del país se ha vuelto norma apenas quebrantada por cualquier episódica excepción el sólo aceptar, entre los nuevos valores de la pintura que despuntan en el medio, la obra —primeriza y todo— ya despojada de titubeo y de ineptias ostensibles. ¿Será que el nivel común del rigor crítico es captado inclusive por los pintores noveles que a las 12.35 horas de cualquier día deciden lanzarse al riesgo de hacer la primera presentación pública de su ejercicio creador? Ojalá no estemos equivocados en tan burdo intento de diagnóstico.

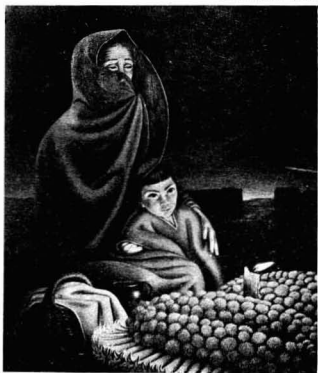
Esto pensábamos cuando recientemente tuvimos ocasión de conocer algunos cuadros de Rafael Navarro B. ("B" de la que el pintor tal vez ha de prescindir en beneficio de la sencillez eufónica), ignorantes en absoluto de cualquier obra suya precedente.

Sorprende en Navarro, ante todo, el don para la diversidad en las composiciones y una inquietud netamente juvenil por ensayar recursos. Esta aparente expresión de Perogrullo no lo es tanto, si se considera —perdonando el vulgarismo— que múltiples pintores nacieron cansados y a lo largo de una vida insisten en un repertorio de trucos monótonos, sólo disimulados con variantes acusadoras de innegable destreza.

Descuella nuestro pintor en el retrato, esa especialidad en que se atraen al golfo del cuadro especies submarinas del espíritu, actitudes del alma, ensueños en potencia. Y no se detiene en la habilidad del buzo indagador, pues cierto resabio renacentista le lleva a componer en el fondo de las telas sutiles arquitecturas de minucia, elaboradas con emoción. En sus retratos de niños se complace especialmente, como si —un poco en cada uno— fuera fijando el caudal de sensaciones y experiencias de su propia infancia apenas no hace mucho traspuesta, pues todavía alienta en Navarro una juventud pletórica que ha de utilizar como arma secreta para inminentes logros de superior categoría.



"El niño y la muerte" (1951)



"Día de muertos" (1951)